

# Poesía y discurso histórico en la Nueva España. El primer siglo.

José Joaquín Blanco\*

A mediados del siglo XVIII diversos historiadores y bibliógrafos criollos, siguiendo a algunos pensadores españoles como Feijoo, descubrieron, al revisar la para entonces ya cuantiosa literatura novohispana, un hecho escandaloso. Los autores novohispanos, especialmente los poetas, trataban de todo menos de la Nueva España, y sus obras carecían al parecer de todo valor histórico.

¿Dónde tenían puestos los ojos esos poetas, especialmente los del primer siglo, que frente a los grandes hechos de los últimos tiempos: la aparición de un mundo nuevo, la conquista, las hazañas guerreras, la presencia de múltiples culturas indígenas, la formación de nuevas sociedades, no hallaron mayor cosa que decir, sino arabescos barrocos, diversiones manieristas, juegos de ingenio, glosas de autoridades clásicas?

Todo en la literatura novohispana era pérdida y ociosidad. Esta visión creció a lo largo del siglo XIX, y tanto nuestros liberales como estudiosos españoles de la importancia de Menéndez y Pelayo, no cupieron en su escándalo. Qué literatura de la inopia, de la ociosidad, del desperdicio, precisamente en el país donde habían ocurrido tan graves y ricos acontecimientos históricos.

Esta misma crítica abunda en las opiniones contemporáneas sobre la literatura novohispana, incluso en las opiniones actuales. No la comparto, desde luego. Creo más bien que la falta de valor histórico o historiográfico en las letras coloniales es un producto de la ceguera de los historiadores modernos, que sólo querían ver unas cuantas cosas —etnología, guerras, datos, denuncias políticas— y estaban cegados ante todo lo demás.

No fueron pocos los poetas, sin embargo, que a lo largo de toda la dominación española, pero especialmente en el primer siglo, cantaron a la

\*Literato.

conquista, sus hazañas y episodios (Terrazas, Villagrà, Saavedra Guzmán, Arias de Villalobos), ni los que intentaron introducir en sus versos temas, léxico y atmósferas locales (Juan de la Cueva, Eugenio de Salazar, Eslava). De hecho, tanto la nómina de estas obras como la extensión y la elaboración de algunas de ellas, darían lugar a alimentar falsas esperanzas. Quien busque en ellas el equivalente novohispano del viejo romancero o de los cantares de gesta españoles quedará completamente defraudado. Encontrará extravagancias temáticas y rutinas y extravíos estilísticos. Verá que los poetas novohispanos cuando cantan a los aztecas y a los conquistadores, en realidad están pensando en alegorías renacentistas o barrocas, en imitaciones grecorromanas o italianas; que están buscando preciosismos, fragmentos y asuntos de bravura imaginaria. Dirá tal vez que esos poetas estaban de espaldas a su historia.

Pues bien: no lo estaban, especialmente los del primer siglo. Ni su historia, ni su cultura, ni sus intereses eran los nuestros. En cambio, tenían sus propias ambiciones que siguieron con entusiasmo, su propia pequeña historia, a la que sí respondieron. Les interesaba mucho menos el pasado ajeno (de indios o de conquistadores) que el propio de recientes habitantes de un nuevo reino, en el que querían instalar a toda prisa y con todo aparato la lengua, la cultura y las modas españolas. Y eso sí lo encontramos, evidéntísimo, en esos poemas: ése fue su propio discurso histórico.

Apenas unas décadas después de la Conquista, hacia mediados del siglo XVI, ya diversos poetas españoles y criollos dirigidos por Gutierre de Cetina y Juan de la Cueva se atareaban por formar un extenso compendio poético: las *Flores de varia poesía*, donde se reunían tanto las formas del Renacimiento español como las novedades importadas de Italia, y se presumía de que en México, lo mismo que en Valladolid o Sevilla, se conocía con familiaridad la obra de un Fernando de Herrera.

No fue escasa tarea en el siglo XVI la de unos cuantos miles de españoles, criollos y mestizos hispanohablantes que practicaron una lengua y una cultura primero extrañas y luego de cualquier manera minoritarias en el ancho mapa arisco, pluricultural y plurilingüístico del México de entonces. Cuando Eslava nos denuncia que «había más poetas que estiércol», o cuando Eugenio de Salazar, Cervantes de Salazar y Bernardo de Balbuena nos elogian la sobrepoblación de sabios y doctores podemos ver, acertadamente, primero, simples lugares comunes de las sátiras y encomios tradicionales de Occidente —también en Roma y en Bizancio, en Madrid y en París pululaban poetas y letrados—; pero también la postulación de un deseo que

no llegó a cumplirse ni al final del dominio español: la castellanización y la aculturación española integrales de la Nueva España. No sólo se quiso: se luchó y se consiguió hacer de la ciudad de México un centro de lengua y cultura españolas tan importante como algunas de las principales ciudades peninsulares, cosa que fue reconocida por los propios escritores españoles de su tiempo.

El gran trabajo de los letrados novohispanos del primer siglo y medio —hasta que la beligerancia criolla los dotó de mayor ambición, y aparecieron sor Juana y Francisco de Castro, y ciertos poemas que ya no podían ser obra de cualquier español de cualquier parte del imperio, sino específica y evidentemente de mexicanos, como la *Loa del Divino Narciso* de sor Juana y la *Octava maravilla* de Castro—, fue el traslado, la siembra, el injerto, el cultivo de la literatura castellana en estas tierras: ése fue su afán intrahistórico, la creación de una literatura estrictamente española en la Nueva España.

En su epístola, Eugenio de Salazar, habla con entusiasmo de que ya se ha formado un parnaso en México, de que se cultivan artes y ciencias modernas, de que se hablan lenguas clásicas y aun el toscano, de que se habla castellano con corrección y se escribe bien, con tal gusto y maestría como para satisfacer a las musas más rigurosas. No se preocupaban esos poetas tanto de reflejar la realidad política y pluricultural del nuevo país, como de invadirla de la cultura y el modo de vida españoles. Ya había pasado el tiempo de las guerras y sus epopeyas: estaban en los tiempos de la creación de una España «nueva» en otro continente.

La religión entre los novohispanos, por otra parte, fue no sólo mucho más importante de lo que ha sido para los mexicanos modernos, sino una religión diferente en densidad, en profundidad, en episodios —y me atrevería a afirmar que aun en creencias y en dogmas. Un novohispano vería como a un mundanísimo hereje luterano al más retrógrado de nuestros obispos actuales. Nos hemos secularizado y hemos despojado a la religión de muchas devociones, creencias y prácticas que para los novohispanos eran esenciales.

Tales o cuales santos, ritos, cofradías, advocaciones tenían una gravedad social e histórica que han perdido en tiempos modernos, aun para los modernos muy creyentes y practicantes. Como es obligado en una sociedad no sólo tan integralmente religiosa, sino tan monopolícamente religiosa, buena parte de sus letras se consagró a ceremonias, fiestas, oraciones, concursos y situaciones de la Iglesia. Son los textos que más se escribieron, leyeron y escucharon, y los que menos entendemos, porque la religión moderna no sabe leerlos: vemos dogmas o anécdotas, ideas o creencias culturales en lo

que era cultura viva. Los seres del otro mundo y la importancia trascendental de las criaturas de ésta tenían una espesura cotidiana muy precisa que esa poesía nos da como pleno discurso histórico. Para la mayoría de los novohispanos lo más histórico que les ocurría era lo ultraterreno. Tal vez hoy en día esos poemas nos den poco, sea como poesía, sea como religión, pero nos dan mucho como intrahistoria de esa sociedad. Es decir, contienen un formidable discurso histórico que no sabemos leer, ni siquiera pueden leerlo propiamente los más sacristanes y mascacasullas de nuestros eruditos. Somos inevitablemente malos lectores de esa poesía: la vemos con ojos críticos, volterianos; de inmediato sonreímos ante ingenuidades, ignorancias, histerias, supersticiones... no le damos mayor credibilidad interna. Las letras mueren así, de muerte inevitable.

Pienso en las letrillas y coplas de misioneros, en Pedro de Trejo, en Hernán González de Eslava, en el *Desposorio espiritual* de Pérez Ramírez, en el *Triunfo de los santos*, en Hortigosa y Córdoba y Bocanegra, en un *Panegírico de la Anunciación*, en un coloquio sobre la conversión de los reyes de Tlaxcala, en *Los sirqueros de la Virgen* de Bramón, en el extravagante y célebre «Soneto a Cristo crucificado», en el *Anónimo de la Pasión* y en tantos otros que sobreviven tan enigmáticamente como viejos óleos en los que vemos el asunto y algo del color, pero que se ha fugado la densidad vital que en ellos ardía. Ni siquiera el erudito y creyentísimo padre Alfonso Méndez Plancarte logró despojarlos de su polvareda y ocredad de antiguallas de sacristía; hasta él era volteriano y censuraba efusiones o inocencias excesivamente religiosas: heréticas, desde el punto de vista moderno, de tan extravagantemente religiosas.

A grandes rasgos, podemos señalar los siguientes grupos, más que etapas, de la poesía novohispana:

1) una poesía misionera, con acentos todavía medievales, traída para la predicación y el culto tanto para españoles como para indios, y que funda una poesía oral de coplas, sonetos, décimas, autos, villancicos, de gran vigencia a lo largo de varios siglos;

2) a ella se añadirá continuamente, a través de los propios hablantes españoles, la tradición del romancero que dará en México el corrido, y que ya era un éxito en época de sor Juana, aunque los primeros corridos registrados son posteriores; por ese mismo conducto popular se introduce también el cancionero popular español;

3) una poesía cortesano-caballeresca de breve vida, en la que destaca Francisco de Terrazas, plenamente renacentista, y propia de hidalgos y no-

bles: una poesía amorosa en la que participó incluso el hijo de Hernán Cortés, y que estaba extinguida a finales del propio siglo XVI, cuando el ideal caballeresco y renacentista de la nobleza española declinó tanto en la Península como en sus dominios —su último resplandor. Luis de Sandoval Zapata; en el Renacimiento, el noble caballero debía ser tan bueno en las armas como en las letras, y ser poeta era casi una obligación del militar y del caballero;

4) una poderosa poesía barroca de clérigos, formada en conventos pero no dirigida principalmente al culto ni a la predicación, sino al propio consumo de letrados conventuales: es la que brilla en Balbuena y en sor Juana, y la que cultivan Sigüenza y Góngora y Francisco de Castro —hay cientos de poetas de este tipo, y más de una docena dejaron algo legible; finalmente,

5) una poesía didáctica del siglo XVIII, todavía con rasgos barrocos, pero que ya no se contenta en sus propios logros letrados y artísticos, sino que busca fines precisos, de educación o divulgación de conocimientos e ideas, o de moralización pública (ya anticipada en el siglo anterior por Matías de Bocanegra) y que finalmente buscara una estética neoclásica-rococó con fray Manuel de Navarrete. (Paralelamente a este grupo, se dio una poesía jesuítica en latín que no tengo ningún interés en arrebatarle ni a la lengua latina ni a los jesuitas).

Se puede ver mucho de la intrahistoria de cada uno de estos grupos en esos poemas; lo que no encontramos, sencillamente porque pedimos anacronismos, es el punto de vista de contradicciones sociales o raciales, o de curiosidades científicas, políticas o filosóficas propias de otras épocas, salvo desde luego casos especialísimos como algunos textos de sor Juana y de Francisco de Castro. En la *Grandeza mexicana* de Balbuena, por ejemplo, encontraremos un testimonio riquísimo e indiscutible sobre el grado de perfección literaria y lingüística al que habían llegado en menos de un siglo los mejores letrados novohispanos, pero sólo con gran imaginación descubriríamos atisbos criollistas o nacionalistas, o bien insistencias «anticolonialistas» del tipo de Las Casas o prefiguraciones científicas de un Humboldt. Encontramos que en sus mejores talentos, la poesía local y el uso local de la lengua castellana no estaban muy lejos de la norma metropolitana.

Como se ha señalado oportunamente, el concepto de lo colonial es dieciochesco, borbónico, no castellano, propio de los imperios francés e inglés. Durante la mayor parte de la dominación española, aunque efectivamente se diera a México un trato que podríamos definir como «colonial» —mayor explotación, mayor represión, mayores limitaciones y obligaciones que los sufridos por los súbditos peninsulares—, no existía el concepto de

colonia, sino el de un nuevo reino, semejante y equivalente en teoría a sus pares europeos, como los reinos españoles de Nápoles, Galicia, Asturias o Cataluña. Y eso era lo que creían los novohispanos de entonces, lo mismo españoles que criollos o mestizos: su visión de la historia local comenzaba con ellos, como fundadores, haciendo tabla rasa de lo anterior e iniciando un proceso de hispanización de un territorio que suponían esencialmente virgen, una vez vencidos los indios y el Demonio.

De ahí que quisieran innovar poco, e imitar mucho; crear poca obra original y trasladar toda la literatura castellana a las Indias, como quien traslada toda la agricultura, la ganadería, la arquitectura de la metrópoli a las nuevas tierras.

Abundan los introductores, los artífices, los practicantes, no los inventores de literatura. Nosotros nos fijamos ahora en las diferencias locales que ese traslado sufrió, especialmente los indigenismos o los pasajes descriptivos de color local. A ellos les importaban, por el contrario, las semejanzas que sus traslados, injertos, implantaciones tenían con el original español. Que no se dijera que un indiano hacía menos bien un soneto o una octava que un español. Era mayor mérito parecerse mucho a Garcilaso o a Góngora que inventar localismos.

En ese grupo, ser original era algo vulgar y fácilón: había que atraer el caudal español a estas tierras: se privilegiaba la erudición, la maestría, la abundancia, la corrección. Formaron —y en ello tuvieron gran éxito— un gran corpus literario lealmente español en los nuevos dominios. Sólo tres o cuatro poetas en un siglo —Góngora, Quevedo, Lope— aventajaron en caudal y perfección literarios a Balbuena. No fue sino hasta el México independiente cuando surgió, explícita e intencional, la ambición de crear una literatura diferente de la española. Y entonces pareció que los novohispanos tenían mucho de español y poco de mexicano, que eran idénticos, salvo en detalles, a la norma española, y desilusionaron a los nuevos mexicanos. Ya el buen Clavijero arremete contra algunos poetas novohispanos en su *Antigua historia de México* con argumentos que serán retomados por Altamirano.

En suma, se trata de un injusto reproche a la poesía novohispana el afirmar que tenía los ojos cerrados ante la historia. Los tenía bien abiertos ante su historia, su pequeña —infinitamente minuciosa— historia interna, la que es posible descifrar —aunque quizás no reconstruir— a partir de sus textos. La historia de los principios de la vida del grupo blanco en México, especialmente el de los religiosos, los episodios del traslado y la implantación de la cultura europea en nuestro país, y los días y trabajos emotivos y espirituales de ese grupo.

El lector moderno querría otra cosa, más parecida a los datos de las crónicas: el enfrentamiento de dos mundos, las guerras, la vida de los indios, los roces sociales y raciales... Quisiéramos en todos los poetas las sátiras de Oquendo. Eso también lo tenemos, pero no tanto en verso, sino en otra forma superior de la poesía: la prosa de sus cronistas.

Pero la riqueza y la emoción épicas de un Bernal no debieran hacernos olvidar que en la Nueva España, como en cualquier otra sociedad, fue parte importantísima de la vida y del pensamiento de sus pobladores el cultivo de creencias y devociones, amores y desdenes, mitos y ceremonias, y sobre todo la práctica viva del lenguaje trasplantado, que es precisamente lo que sí encontramos en los versos novohispanos. Negarles intrahistoria y aun historia a secas, sería tanto como negárselas a los retablos, conventos y catedrales que seguimos viendo un tanto extravagantes, monumentales y enigmáticos.

El primer galardón lírico a todo lujo de la Nueva España fue un madrigal de Cetina, que no es seguro que haya compuesto aquí, pero diversas circunstancias (como su muerte trágica y misteriosa en Puebla, entre las vihuelas y las espadas, bajo el balcón de una dama casada) conspiraron para mexicanizar a Gutierre de Cetina:

*Ojos claros, serenos,  
si de un dulce mirar sois alabados,  
¿por qué si me miráis, miráis airados?  
Si cuanto más piadosos  
más bellos parecéis a aquél que os mira,  
no me miréis con ira  
porque no parezcáis menos hermosos.  
¡Ay, tormentos rabiosos!  
Ojos claros, serenos,  
ya que así me miráis, miradme al menos.*

Y el primer poeta de lengua castellana nacido en México, Francisco de Terrazas, escribió la interesante y verdadera historia de unas piernas y de unos rizos en dos de los poemas antológicos de su siglo.